

Acumuer en torno a la Cuaresma

Celebraciones religiosas y profanas

RAMÓN LASAOSA SUSÍN

Acumuer es un pequeño pueblo ubicado en la comarca de Serrablo, a unos 15 kilómetros de Sabiñánigo, remontando el río Aurín.

Villa fundada, según las noticias que tenemos, en tiempos del conde Galindo II, durante la expansión territorial del condado de Aragón, allá por el año 800, dependió hasta mediados del siglo pasado del monasterio de San Juan de la Peña y en sus cercanías había varios cenobios como el de San Martín de Cercito o Santa María del Arrasul, este último recientemente documentado arqueológicamente en la zona donde ya se sabía de su existencia hace años, en campos propiedad de vecinos de Acumuer.

Hoy, poco queda de ese pasado bonancible. Con ya más de 300 vecinos a mediados del siglo pasado, era el núcleo más importante de este pequeño valle, tanto por las dimensiones de su casco urbano como por las tierras que poseía. Tras su despoblación en los años sesenta al calor del progreso fabril de Sabiñánigo, fue hasta no hace mucho un lugar prácticamente abandonado con dos o tres personas como habitantes fijos. Actualmente mantiene una población flotante que ha rehabilitado casas y pajares como segunda residencia.

Como núcleo importante de la zona mantenía con esplendor, mientras estuvo habitado, numerosas tradiciones de carácter festivo que con el paso del tiempo se han ido diluyendo en la memoria de las personas más mayores. Los recuerdos se han escapado y los objetos materiales han desaparecido, casi en su totalidad, durante los años de abandono.

Queremos ahora repasar una parte del ciclo de celebraciones que se realizaban en este lugar en torno a la Cuaresma, una época en la que fiestas religiosas y profanas de gran importancia para la comunidad se imbricaban unas con otras y en las que se rescataban tradiciones ancestrales aunque fueran cristianizadas. No vamos a hacer un exhaustivo estudio del origen de esos ritos, el cual es sin duda el mismo que en otras zonas pire-

naicas, sino que fundamentalmente queremos dejar constancia de cómo se realizaban en este pueblo en los años posteriores a la guerra civil.

Desde santa Águeda hasta la Cruz de Mayo, encontramos unas celebraciones que tienen momentos más destacados en Carnaval y Semana Santa. Festividades que, si bien tienen su desarrollo temporal entre el invierno y la primavera, responden a un carácter esencialmente primaveral con el fin de que se produzca la regeneración vital de la tierra.

El calendario festivo

Primeros días de febrero

Si pa la Candelera plora / el invierno está fora. / Plora que no plore / el invierno está fuere. Con estos versos, en una *fabla* muy contaminada y con una rima tremendamente forzada, se señalaba, al igual que en otros lugares del Pirineo de Huesca donde se repite este refrán, que el invierno estaba próximo a finalizar, lo que suponía la llegada de mejores condiciones climáticas y el comienzo de un abigarrado ciclo festivo.

Los primeros días de febrero son prolijos en fiestas y celebraciones: la Candelera, san Blas y santa Águeda se concentran entre el 2 y el 5 de febrero. Las tres se celebraban en Acumuer.

La primera se centraba en la celebración religiosa tradicional en la que se bendecían los nacidos el año anterior y las velas que más tarde protegerían de las tormentas y que, por lo mismo, se guardaban de forma especial durante todo el año.

La segunda seguía como celebración religiosa y, como en tantos lugares, se bendecían diversos alimentos que protegerían del mal de garganta a aquellos que los ingerían y rezaban una oración al santo, a san Blas.

Un carácter mucho más lúdico representaba la celebración de santa Águeda. Como en otros lugares, era el día de las mujeres y el orden establecido se rompía y trastocaba por unas horas, casi como ensayo previo para el Carnaval. Sin embargo, el papel principal lo asumían los hombres. Las mujeres, como única ruptura, solamente, durante el baile, sacaban a bailar a los mozos durante las primeras piezas, y no al revés como era lo habitual.

La fiesta comenzaba por la noche del día 4 al 5. Durante toda ella y hasta el amanecer, los mozos tocaban las campanas de la iglesia al calor del fuego, en una hoguera que se hacía en el mismo campanario y recon-

fortados con un ponche de vino caliente con azúcar y, a ser posible, canela y manzanas asadas. Los mozos se iban turnando, dirigidos por uno de los mozos mayores o *mainates*, que eran los encargados de organizar y llevar las cuentas de las diversas celebraciones festivas del año, esperando su turno o, una vez concluido, en el bar del lugar. Lo normal era bandear las campanas, pero también repasaban a lo largo de la noche el resto de los toques, incluido el de difuntos. Las mozas pocas veces tocaban las campanas y, si lo hacían, era durante el día.

Por la mañana, a las diez, llegarían los oficios religiosos y la fiesta profana, puesto que ese día era festivo a todos los efectos en Acumuer.

Por la tarde, después de comer, hacia las cuatro o las cinco, comenzaba el baile. Mientras que este se realizaba los mozos iban por las casas recogiendo diversos productos para hacer una merienda en la que participarían tanto ellos como ellas. Sin ronda, iban con una cesta y una alforja en la que iban poniendo huevos, judías, chorizo, tocino, longaniza e, incluso, cecina. Si se llenaban se vaciaban en el bar y se volvía a pedir en aquellas casas a las que no se había ido todavía. En el bar o en alguna casa se preparaba la cena con estos productos, consistente en judías con chorizo y tocino y tortillas, regado todo ello con vino.

Esta cena se tomaba al acabar el baile de la tarde, sobre las diez de la noche; después, a las doce, el baile se reanudaba hasta las cuatro o las cinco de la mañana.

Carnaval

El plato fuerte era la celebración del Carnaval, una celebración que también, como en otros lugares del Pirineo, se siguió celebrando durante la época de Franco, a pesar de la prohibición generalizada que existía.

Durante la semana de Carnaval, los protagonistas eran los niños. A la salida del colegio, niños y niñas cogían esquilas o *trapaletas* (instrumento consistente en tres tablas de madera que al moverlas chocaban unas con otras) y, menos veces, *carraclas*, si no disponían de esquilas. Con estos instrumentos subían corriendo, mientras hacían ruido, hasta el lugar conocido como la punta del Bachato, lugar situado a unos quince minutos, en el camino que unía Acumuer y Asún, desde el que se domina todo el lugar. Ahí estaban tocando durante media hora o más. De vuelta al pueblo recorrían sus calles sin parar de hacer ruido. Después iban al rosario, ya que era obligación diaria, no olvidemos que estamos hablando de los años de posguerra.

El martes de Carnaval se vestía al *carnaval*, un muñeco realizado con paja de centeno y vestido con ropas viejas. Se hacía con él una ronda por todo el pueblo, acompañados de los músicos y cantando. En cada casa se sacaban *crespillos*,¹ longaniza, chorizo, vino, etc.

Por la tarde y la noche había baile, y todo el mundo se disfrazaba con la intención de que no le conocieran. Los disfraces, al igual que en otros lugares, se realizaban con ropas viejas (faldas viejas largas, antiguas faldas teñidas en viola o rojo, uniformes, etc.), además se tapaban la cara y cambiaban la voz. De este modo se entraba en el juego de intentar descubrir la verdadera identidad, la excusa para comprobar, directamente con las manos, si la persona disfrazada era hombre o mujer.

El Miércoles de Ceniza se alternaban actos religiosos y profanos. Por la mañana, se iba a misa para recibir la ceniza; cumplido este trámite, comenzaba la ronda. Las calles del pueblo se recorrían paseando con los músicos y el muñeco. Durante este pasacalles las mozas, principalmente, tiraban desde las ventanas ceniza a los rondadores. La ceniza, que se lanzaba con la mano, un papel o la paleta de recoger, a veces incluso contenía rescoldos aún calientes. Por este motivo lo hacían con las puertas de la casa cerradas, si podían, porque de otro modo los mozos subían a devolver la ceniza a las mozas. Hacia mediodía, se mataba al *carnaval*. El muñeco se colgaba en la fachada de la herrería, en la plaza de Lera Mayor, y ahí se le disparaba con escopetas. Por la noche se hacía baile y cena.

También por la mañana los niños y niñas se encargaban de ir recorriendo las casas para recoger comida, fundamentalmente huevos, para hacer una merienda. En este recorrido los chavales iban acompañados de un adulto que, disfrazado de fraile, hacía sonar una campanilla delante de cada casa. Después cantaba una oración que decía: *Quién como Dios / nadie como Dios / san Miguel Arcángel / oye la oración / de este pobre pueblo / que pide perdón*. Tras ella se rezaba un padrenuestro y una avemaría.

Cuaresma

La Cuaresma esta presidida por toda una serie de celebraciones religiosas, novenas, setenarios, etc. que culminaban con las propias de los días de la Semana Santa. Si bien la semana anterior se recibía la visita de frailes carmelitas, acompañados de algún cura, llegados de Jaca para predicar, confesar y comulgar a la gente.

Era, además, tiempo de abstinencia, durante el cual, en muchos casos, no se probaban productos derivados del cerdo. Otros restringían esta vigilia únicamente a los viernes, que era lo habitual.

Sin embargo, durante este periodo, había un día que se celebraba como festivo. El día de san José. Este día, aun siendo fiesta general, era celebrado de forma especial por los miembros pertenecientes a la cofradía del santo.

Esta organización estaba formada por veinticuatro hombres, no entrando un nuevo miembro hasta que fallaba alguno de los existentes. El único motivo para abandonar la cofradía, habitualmente, era la muerte. En este caso tenía preferencia de entrada un hijo del fallecido o, en su defecto, un familiar cercano; solo si estos renunciaban a su derecho podía acceder otra persona. La finalidad de esta cofradía, como en otros lugares, era el socorro de las familias de los cofrades en caso de enfermedad, bien proporcionándoles alimento o leña, por ejemplo, bien ayudando en los diversos trabajos del campo, bien yendo a buscar al médico o, en caso de fallecimiento, cavar la fosa y trasladar al difunto de su casa a la iglesia y posteriormente al cementerio (que en el caso de Acumuer está a unos quinientos metros del lugar por un pendiente y estrecho camino).

Ese día, a las doce, se celebraba misa cantada. Después los cofrades se reunían en la llamada Casa del Pueblo para comer. Únicamente tenían acceso los veinticuatro cofrades. La comida era comunal pero cada uno se la llevaba de su casa, aunque en ella no podía faltar la ensalada con huevos duros. De segundo, en función de la economía de cada casa, se tomaba bacalao en salsa o incluso pescado, como pescadilla o merluza, y asado. De postre fruta o algún postre casero. Este es un claro ejemplo de la pervivencia de las comidas comunales como forma de reafirmación de pertenencia a un determinado grupo, hecho importante en este tipo de asociaciones en que era imprescindible que sus miembros se llevaran bien, más aún cara al exterior, al resto de la comunidad.

La fiesta se alargaba durante toda la tarde, entre canto de jotas y albadas, y también se merendaba ahí. Después solían acudir las esposas de los cofrades y sus hijas, permitiéndose también la entrada a los mozos y mozas jóvenes, pero a nadie más; así se organizaba un baile en el que tocaban los músicos del pueblo que pertenecían a la cofradía.²

Semana Santa

Las celebraciones propias de la Semana Santa comenzaban el Domingo de Ramos. Ese día, antes de la misa, se bendecían los ramos, con-

fecionados en Acumuer con la llamada *salcera salzamorrera*, que tenía en esa época unas inflorescencias alargadas y de la cual no había muchos ejemplares en el pueblo. A los niños se los adornaban con galletas empaquetadas, caramelos y naranjas. Después de la bendición se realizaba una pequeña procesión por dentro de la iglesia y por la parte exterior, una pequeña explanada con hierba que había sido el antiguo cementerio. Se aprovechaba también para bendecir los términos.³ Los ramos bendecidos se guardaban durante todo el año para la protección de la casa.

El miércoles era el día en que se montaba la estructura del *monumento* que desde el día siguiente ocultaría el altar mayor.

Aunque ha desaparecido prácticamente en su totalidad, sabemos que se trataba de una estructura compleja realizada con lienzos pintados que cubría toda la zona del altar mayor. Un gran arco enmarcaba otro menor que se situaba un poco más hacia el interior. Los lienzos representaban diversas escenas alegóricas y religiosas, pintadas dentro de la tradición popular presente en diversas zonas pirenaicas a partir, especialmente, de los siglos XVII y XVIII. Evidentemente no podemos precisar la antigüedad de estos lienzos ni queremos decir que se puedan remontar a esas fechas.

Junto a él hacían guardia toda la noche turnos de cuatro o seis personas vestidas de romanos, con trajes consistentes en casco de metal con penacho, camiseta y faldilla en tonos rojos y verdes, medias de estos colores y zapatillas atadas con cintas de colores. El atuendo se completaba con barba postiza en algunos casos y lanza o hacha. También durante toda la noche se hacían los correspondientes turnos de vela.

En una capilla lateral, la del Rosario, se guardaban las formas que se habían sacado del sagrario. Hasta el altar se ponían unas escaleras de madera adornadas con geranios a los lados y todas las familias colocaban velas a las que ponían un lazo realizado con cintas de colores, de tela o papel, de tal modo que la propiedad de cada vela quedaba perfectamente determinada. Si alguna familia estaba de luto el lazo era de color negro. Los restos de las velas los recogían los propietarios y se los guardaban para conjurar a las tormentas el resto del año.

El rezo del rosario, el jueves y el viernes santos, era precedido por el recorrido de la chavalería por las calles del pueblo, que, mientras hacían sonar *carraclas* y *trapaletas*, iban diciendo: *Primer toque, al rosario, que no hay campanas*. Y lo mismo con el segundo y tercer toques. Esto se repetía con el resto de los oficios religiosos.

Cuando terminaba el rezo del rosario en la iglesia, el cura hacía una señal consistente en dar tres taconazos en la tarima del suelo. A partir de ese momento los chavales hacían sonar de nuevo *carraclas* y *trapaletas*, al tiempo que golpeaban en el suelo con martillos de madera. Durante el periodo en que duraba el ruido, además, se apagaban las luces de la iglesia, quedando esta a oscuras. Cuando se daba de nuevo la luz se acababa el ruido. A esto le llamaban *matar judíos*. Esta tradición enraíza con los conjuros atávicos en que se golpea el suelo durante la desaparición en el infierno o muerte temporal de los dioses relacionados con la agricultura, de tal forma que así se propicia su pronta vuelta o resurrección. Por otra parte se conjura también al mal a las fuerzas malignas que han propiciado esa desaparición; al cristianizarse este rito son los judíos, los que matan a Jesús, la personificación de ese mal. Finalmente, se hace partícipe a la comunidad de lo terrible que puede ser la desaparición definitiva del ser protector, al sumergirlos en una oscuridad absoluta mientras se producen fuertes ruidos; de hecho, especialmente entre los niños más pequeños, se daban escenas de pánico y de lloros, y en muchos casos tenían que sacarlos sus padres de la iglesia.

También eran los niños los encargados de convocar a maitines, realizando el típico recorrido por el pueblo tres veces, los correspondientes a cada toque previo de llamada a un oficio religioso. En este caso el sonsonete que los acompañaba decía: *A maitines, a trompetas, que se revienten las mocetas*.

Otra de las rimas que acompañaban el sonido de estos instrumentos de madera, *carraclas* y *trapaletas*, aunque no fuera exclusivo de estos días, decía: *¿Dónde está Dios? / En casa Bescós. / ¿Dónde está Cristo? / En casa Benito. / ¿Dónde está el diablo? / En casa Pardo. / A cogerlo y a matarlo*. Cancioncilla esta muy extendida por toda la geografía altoaragonesa, incluida la capital, cambiando, eso sí, las diversas casas, adaptándolas a las existentes en cada lugar.

Era también costumbre que durante el jueves, después de los oficios, y el viernes se rezaran las estaciones. Es decir, que se hiciera un viacrucis, con la particularidad de que tras los rezos correspondientes a cada estación había que salir de la iglesia para volver a entrar cuando se fuera a rezar la siguiente. El rezo habitual de los padrenuestros y avemarías, del credo y de la salve, terminaba, en lugar de con el habitual gloria, con la jaculatoria: *Viva Jesús Sacramentado / para siempre bendito y alabado*.

El Viernes Santo al oscurecer se realizaba un viacrucis por las calles de la localidad. La primera y última estación se rezaban dentro de la iglesia, el resto por el pueblo. Cada uno de los cuadros que representaban las

diversas estaciones se colocaban bien colgados de la pared o bien en pequeños altares en el exterior de diversas casas, todos los años las mismas. El recorrido entre las estaciones se realizaba cantando diversas canciones piadosas. Al llegar a cada una de ellas se repetía la salmodia: *Perdón, indulgencia, / perdón y clemencia, / perdón y piedad*. Dicho esto se ponía todo el mundo de rodillas y se rezaba un padrenuestro y un avemaría. Una vez terminado el rezo y antes de seguir hacia la siguiente estación, todo el mundo besaba el suelo. En el acto de besar el suelo reconocemos de nuevo una especie de rito propiciatorio de la vida similar al de golpear el suelo, al tiempo que nos recuerda una forma de culto a la madre tierra.

También el día de Viernes Santo se realizaban dos tareas que salen del ámbito de lo estrictamente religioso. Por un lado se plantaban los geranios porque se pensaba que así crecían mejor. Por otro se aireaba la ropa antigua que se guardaba en los arcones: sayas, faldas de estameña, mantones de manila y lana, etc. en la creencia de que haciéndolo este día la ropa no se apollaba.

El Sábado Santo, a las diez de la mañana, se producía la resurrección del Señor. El anuncio se hacía con un bandeo de campanas.

Por último, queremos llamar la atención sobre el hecho de la importancia que cobran los niños y niñas en todo este tipo de celebraciones, de su especial protagonismo en todo lo que tiene que ver con hacer ruido, incluidas las llamadas a los diversos actos religiosos. Parece como si se les eligiera como símbolo de la nueva vida y del futuro, de la continuidad de la comunidad en unos ritos de llamada a la vida, del despertar de la tierra y de fin de la oscuridad invernal y que, por lo tanto, persiguen la pervivencia del grupo.

Domingo de Pascua

El Domingo de Pascua, o Pascua Florida, era un día de fiesta especial.

La jornada comenzaba con el rezo del rosario de la Aurora a las seis de la mañana. Al mediodía se celebraba misa cantada a las doce. Por la tarde y por la noche se hacía baile.

Durante la misa, puesto que durante los días anteriores se había retirado de las diversas pilas el agua bendita, se bendecía agua de nuevo. Esta se utilizaría tanto para la iglesia como para la ceremonia que se producía al terminar la misa, consistente en el recorrido del cura por todas las casas del pueblo bendiciéndolas y echándoles agua bendita. A esto se le llamaba *sacar la*

Cuaresma y representaba el fin oficial de la misma y de toda la Semana Santa. Además la gente cogía agua bendita para llevársela a casa y esparcirla por establos y cuadras o echarla sobre los animales, para que estas partes de la casa quedaran también protegidas contra males y enfermedades.

Este día, a la salida de la iglesia, se repartía torta, también para celebrar el fin de la abstinencia, en una suerte de comida comunal ritual.

Además era el día de la colocación de las enramadas en aquellas casas en que había mozas solteras.

La noche del sábado al domingo se colocaban en las canaleras de las casas ramas de abeto adornadas con naranjas, mandarinas, caramelos, etc. Una rama por cada una de las chicas solteras que vivían en la casa, desde que estas cumplían 14 ó 15 años (se llamaba *mozas de entrante* a las chicas a las que por primera vez se ponía una enramada), hasta que se casaban o, si llegaban solteras a cierta edad, renunciaban a que se les pusiera una enramada. Siendo lo habitual ramas de abeto, abundantes en la zona, se cuenta que un año los mozos bajaron hasta Arascués, situado a unos 60 kilómetros de Acumuer por la actual carretera, a coger ramas de almendro en flor.

Este tipo de enramadas es habitual en todo el Pirineo, entroncando con los ritos ancestrales de culto al árbol y a la naturaleza.

Como hemos dicho, por la tarde, a partir de las cinco, se realizaba el baile en la plaza del pueblo. Mientras el baile comenzaba, los mozos iban por las distintas casas en que se habían colocado enramadas a recoger una docena de huevos por moza, que después se utilizarían para tomar en *colación*, al acabar el baile a las dos o las tres de la mañana, bien duros, en tortilla de patata o revueltos con tomate.

La Cruz de mayo

Terminada la Semana Santa no hay celebraciones significativas hasta el día tres de mayo, día de la Santa Cruz, en que, como en tantos otros lugares, se hacía una misa y posteriormente se realizaba la bendición de términos. El cura bendecía hacia el puerto (norte), la Languanga (oeste), el Arrasul (sur) y la Cercosa (este).

Esta celebración continúa la tradición de culto al árbol. La cruz es el árbol más sagrado para los cristianos, un árbol que, aunque ha servido de elemento de muerte, se convierte asimismo en instrumento generador de la vida eterna y máximo símbolo de protección. Quizás por este motivo se

realiza en este día la bendición de los términos, que supone la protección de las cosechas, ya cercanas la recolección.

La fiesta del Corpus

La última fiesta a la que nos vamos a referir es la del Corpus. En ella además de la celebración propiamente religiosa, había otros actos de carácter profano.

Por la mañana delante de cada casa, en el suelo, se ponían ramas de hierbabuena, toronjana, menta, lirios, malvas y sauco, todas ellas florecidas. Asimismo, en la plaza y dentro de la iglesia se colocaban grandes ramas de *trimboleta* (álamo temblón); además, el suelo del pasillo central de ésta se cubría con rosas y ramas verdes.

Todos estos adornos servían para dar lucidez a la procesión que se realizaba. Pero, era también el día en que se plantaba en la plaza el mayo. Una *trimboleta* con el tronco pelado a la que se le había dejado la copa con las ramas verdes, y a la cual intentaban subir los mozos como forma de competición y de demostrar su fuerza y destreza.

Esta es, de todas las fiestas que hemos visto, la que más enlaza con el culto directo a la naturaleza, a la vegetación y al árbol, reproduciendo ritos comunes a muchos otros lugares aunque se den en fechas distintas. Observamos cómo la exhibición de Jesús como forma sacramentada, triunfador, que se muestra como sol y luz al aparecer dentro de la custodia, coincide con la mayor muestra de esplendor de la naturaleza, a través de la ornamentación de todo el pueblo con flores y ramas verdes de árbol.

Conclusiones

Este breve recorrido por las fiestas del pueblo de Acumuer que tienen como eje central la Cuaresma y la Semana Santa ha querido mostrar, simplemente, cómo se vivían en un lugar relativamente aislado las tradiciones festivas. Unas tradiciones festivas que tienen muchos puntos en común con otros lugares del Pirineo.

Marcadas por el ciclo y las referencias religiosas todas ellas, desde la primera a la última mantienen unas características comunes, son fiestas que se relacionan con la vida y la muerte en un sentido amplio. Son fiestas de protección y de regeneración. Son fiestas de primavera aunque temporalmente superen el periodo propio de la misma, al menos en su inicio. Son fiestas,

además, en que hay una importante pervivencia de signos paganos de regeneración de la tierra, de llamada otra vez a la fecundidad. Fiestas, en fin, ligadas al ciclo productivo en momentos en que los productos agrícolas, una vez sembrados, deben seguir su curso de crecimiento, casi sin la posibilidad de intervención directa de la mano del hombre, dependiendo de las condiciones naturales, más aún en zonas, como la de Acumuer, de clima duro.

Motivos vegetales y golpes en el suelo aparecen juntos o por separado en todas las manifestaciones que hemos analizado, desde las primeras llamadas a despertar, con el toque de campanas el día de santa Águeda, día en el que todavía es invierno cerrado, hasta la celebración del Corpus, los primeros días de junio, en que ya predomina y se celebra el triunfo de la vida con la presencia de flores y de ramas verdes de árbol.

La finalidad última es, sin duda, potenciar la pervivencia de la comunidad y de cada casa en particular. Por eso no solo hay celebraciones que se encaminan a la consecución de estos objetivos, sino que en algunas de ellas se generan elementos protectores para contingencias puntuales o para todo el año. Las velas bendecidas en la Candelera o que han estado junto al monumento en la Semana Santa protegen de las tormentas, lo mismo que las ramas de *salcera* bendecidas el Domingo de Ramos.

Evidentemente no son estos los únicos ritos ni elementos protectores utilizados; otros se sitúan en otras fechas, ligadas también a distintas fases de la actividad agrícola. En casi todos ellos encontramos pervivencias ancestrales, pero también casi todos ellos están cristianizados y su poder se asimila no al elemento o rito antiguo sino a la intercesión de Jesucristo, la Virgen o los santos.

¹ Este dulce típico de estas fechas se realizaba únicamente friendo una masa de leche, huevos, anís y harina. En algunos casos llevaba un relleno de manzana cocida.

² En Acumuer hubo un conjunto de músicos, famosos en la zona, compuesto por Emilio Susín (padre e hijo), Fernando Lalaguna y Félix Ramón. De ellos solo pertenecían a la cofradía de san José Emilio Susín, el padre, y Fernando Lalaguna.

³ La bendición de términos se realizaba este día y también el día de la Cruz de mayo, como veremos más adelante. También se reproducía este rito el día de san Antonio, pero esta vez desde la ermita de la Virgen del Pueyo; en esta fecha la bendición se dirigía hacia los pueblos que acudían a la ermita, no solo hacia Acumuer sino también hacia Isín y el valle de la Garcipollera.